

a felicitarle por mi renombre, el primero del mundo, según él, lo que me regocijaba hasta los tuétanos. Llegó en seguida un general bávaro, y, al salir del mesón para meterme de nuevo en el coche, la muchedumbre se agrupaba en torno mío. Una mujer joven habíase subido sobre un guardacantón, como la *Sainte Beuve*, para ver pasar al duque de Guisa. Vi que se refa y: «¿Se burla usted de mí», le pregunté. «No—respondió en francés, con un acento alemán—. ¡Es que estoy tan contenta!»

Desde el 1.º al 4 de octubre volví a ver los sitios que había visto tres meses antes. El 4 tocaba ya la frontera de Francia. El día de San Francisco es para mí, todos los años, un día de examen de conciencia. Vuelvo mis miradas hacia lo pasado y me pregunto dónde estaba, qué hacía el día del precedente aniversario. En este año de 1833, sometido a mi vagabundo destino, el día de San Francisco me ha encontrado errante. A orillas del camino descubro una cruz, que se levanta entre un grupo de árboles que dejan caer silenciosos, sobre el Hombre-Dios crucificado, algunas hojas marchitas. Veintisiete años atrás, pasé el día de San Francisco al pie del verdadero Gólgota.

Mi patrono visitó también el Santo Sepulcro. Francisco de Asís, fundador de las órdenes mendicantes, hizo dar, en virtud de esta institución, un paso considerable al Evangelio, que no ha sido suficientemente notado; acabó de introducir al pueblo en la religión, revistiendo al pobre con el hábito del fraile; obligó al mundo a la caridad, realzó al mendicante a los ojos del rico y, en una milicia cristiana proletaria, estableció el modelo de esa fraternidad de los hombres que Jesús predicó, fraternidad que será el complemento de esa parte política del cristianismo no desarrollado todavía, y sin la cual nunca habrá libertad y justicia sobre la tierra.

Mi patrono extendía su ternura fraternal hasta los animales mismos, sobre los cuales parecería haber reconquistado, por su inocencia, el imperio que sobre ellos ejercía el hombre antes de su caída; les hablaba como si lo comprendiesen, y les daba el nombre de *hermanos* y de *hermanas*. Cerca de Ravena, mientras pasaba, rodeóle una multitud de pájaros, a los que saludó, diciéndoles: «Hermandades, amad y load a Dios, porque os ha vestido con plumas y os ha dado el poder de volar por el cielo.» Los pájaros

del lago de Rieti le seguían. Poníase muy contento cuando encontraba rebaños de carneros y sentía por ellos una compasión extremada: «Hermandades, venid a mí.» A veces, a costa de su mismo traje, rescataba algún corderillo que conducían al matadero; se acordaba del dulcísimo Cordero, *illius memor agni mitissimi*, inmolado por la salvación de los hombres. Una cigarra moraba en la rama de una higuera, cerca de su puerta en la Porciúncula. El la llamaba y venía a posarse sobre su mano: «Hermandades, cigarra—le decía—, canta al Dios tu Criador.» Otro tanto hizo con un ruiseñor y fué vencido en los conciertos por el pájaro que bendijo y que huyó después de su victoria. Veíase precisado a hacer llevar a los lejanos bosques a los pequeños animales salvajes que acudían a él buscando asilo en su seno. Cuando quería orar por las mañanas, imponía silencio a las golondrinas, y ellas se callaban. Un joven iba a Siena a vender tórtolas; el servidor de Dios le rogó que se las diese, para que no matasen a aquellas palomas que, en la Escritura, son el símbolo del candor y la inocencia. El santo las llevó a su convento de Ravacciano. Clavó su bastón a la puerta del monasterio y el bastón se trocó en una hermosa encina verde; el santo dejó que las tórtolas se fueran a ella y les mandó que allí fabricasen su nido, lo que hicieron por espacio de muchos años.

Moribundo Francisco, quiso salir del mundo como en él había entrado. Ordenó que su cuerpo desnudo fuese enterrado en el sitio donde se ejecutaba a los criminales, a imitación de Cristo a quien había tomado por modelo. Dictó un testamento en un todo espiritual, pues sólo podía legar a sus hermanos la pobreza y la paz: una santa mujer le colocó en la tumba.

Debía contar como una dicha el haber pisado el suelo de Francia en el día de mi santo; pero, ¿tengo yo patria? En esa patria, ¿he gozado, acaso, un momento de reposo? El 6 de octubre por la mañana, volví a entrar en mi *Enfermería*. El cordonazo de San Francisco reinaba todavía. Mis árboles, refugios nacientes de las miserias recogidas por mi mujer, se plegaban bajo la cólera de mi patrono. Por las noches, a través de los olmos de espeso ramaje de mi bulevar, distinguí los reverberos agitados, cuya luz, medio apagada, vacilaba como la pequeña lámpara de mi vida.

POLÍTICA GENERAL DE ACTUALIDAD. — LUIS FELIPE. — THIERS

París, calle del Infierno, 1837.

Si, pasando de la política de la legitimidad a la política general, vuelvo a leer lo que he publicado acerca de esta misma política en los años de 1831, 1832 y 1833, mis previsiones han sido sobrado justas.

Luis Felipe es un hombre de talento cuya lengua no cesa de decir lugares comunes. Gusta a Europa que nos tacha de no haber conocido su valor; Inglaterra se complace al ver que, como ella, hemos destronado un rey y los otros soberanos abandonan a la legitimidad que no hallaron. Obediente Felipe, ha dominado a los hombres que se le han acercado; ha hecho un juego de sus ministros, los ha tomado, despedido, vuelto a tomar y vuelto a despedir después de haberlos comprometido, si hay algo que hoy pueda comprometer.

Habiendo comprendido el cansancio de los tiempos y la vileza de las almas, Felipe ha obrado a sus anchas. Leyes de intimidación han suprimido las libertades, así como lo había anunciado en la época de mi discurso de despedida a la Cámara de los Pares, y nada ha sucedido; se han cometido arbitrariedades, se ha degollado en la calle Transnonain, se ha ametrallado a Lyon, intentado numerosos procesos por delitos de imprenta, se han encarcelado ciudadanos, deteniéndoles meses y años en los calabozos por medida preventiva, y se ha aplaudido. El país gastado, que ya nada entiende, lo ha sufrido todo, y apenas hay un hombre que no esté en oposición consigo mismo. Por espacio de años y años, de meses y meses, hemos escrito, dicho y hecho, todo lo contrario de lo que hemos escrito, de lo que hemos dicho y de lo que hemos hecho. En fuerza de sonrojarnos, ya no nos sonrojamos; nuestras contradicciones se pierden en nuestras memorias, a fuerza de multiplicarse. Para concluir, tomamos el partido de afirmar que nunca hemos variado, o que lo hemos hecho por la transformación progresiva de nuestras ideas y por nuestra comprensión iluminada por los tiempos. Los acontecimientos tan rápidos nos han envejecido tan pronto, que, cuando se nos recuerdan nuestros gestos de una época pasada, nos parece que se nos habla de

otro hombre y no de nosotros; y, luego, haber variado, es haber hecho lo que todo el mundo.

Felipe no ha creído, como la rama restaurada, que tuviese precisión, para reinar, de dominar todos los pueblos; ha juzgado que le bastaba ser dueño de París; por consiguiente, si alguna vez pudiera hacer de la capital una plaza de armas, con una guarnición de sesenta mil pretorianos, se creería seguro. Europa lo dejaría obrar, porque persuadiría a los soberanos de que lo hacía con el propósito de sofocar la revolución en su vieja cuna, dejando en arras entre las manos de los extranjeros, las libertades, la independencia y el honor de Francia. Por lo demás, es el único príncipe que actualmente pueden soportar los franceses. Encontramos momentáneamente en su persona lo que basta a nuestros hábitos de corona y a nuestras inclinaciones democráticas; obedecemos a un poder que creemos tener derecho de insultar; es cuanta libertad necesitamos: nación de rodillas, abofeteamos a nuestro señor, restableciendo el privilegio a sus pies y la igualdad en su mejilla. Embrollador y astuto, Luis XI de la edad filosófica, es monarca de nuestra elección, conduce diestramente la nave sobre barro líquido. La rama mayor de los Borbones se ha secado menos un retoño; la rama mayor está podrida. El jefe inaugurado en la Maison-de-Ville, nunca ha pensado más que en él y sacrifica a los franceses a lo que él cree su seguridad. Cuando se discute sobre lo que convendría a la grandeza de la patria, se olvida la naturaleza del soberano, que está persuadido de que perecería por los medios que salvarían a Francia; según él, lo que haría vivir la dignidad real mataría al rey. Por lo demás, nadie tiene derecho a despreciarle, porque todos están al nivel de ese desprecio. Mas sean cuales fueren las prosperidades que sueña en último resultado, o él, o sus hijos, no prosperarán, porque olvida a los pueblos de quienes todo lo tiene. Por otra parte, los reyes legítimos que abandonan a los reyes legítimos, caerán, porque no impunemente se reniega de su principio. Si varias revoluciones han sido por un instante desviadas de su curso, no dejarán por eso de engrosar el torrente que socava el antiguo edificio: nadie ha hecho su papel, nadie se salvará.

Felipe tiene medios para hacer menos rápida la marcha del destino, pero no



para pararlo. El partido democrático está solo en progreso, porque camina hacia el mundo futuro. Los que no quieren admitir las causas generales de destrucción para los principios monárquicos, aguardan en vano la manumisión del yugo actual de un movimiento de las Cámaras; pero éstas no consentirán la reforma, porque la reforma sería su muerte. Por su parte, la oposición convertida en industrial, nunca tirará al rey de su hechura la estocada a fondo, como lo hizo con Carlos X; se agita para obtener destinos, se queja, está mohina; pero, cuando se encuentra cara a cara con Felipe, retrocede, porque se pretende obtener la dirección de los negocios, no puede derrocar lo que ha creado y por lo que vive. Dos temores la detienen: el temor de la vuelta a la legitimidad y el temor del reinado popular; se pega a Felipe a quien no quiere, pero a quien considera como a un preservativo. Cargada de empleos y de dinero y abdicando su voluntad, la oposición obedece a lo que conoce funesto y se duerme en el fango: éste es el plumón inventado por la industria del siglo; no es tan agradable como el otro, pero es menos caro.

A pesar de todo esto, una soberanía de algunos meses, de algunos años si se quiere, no cambiará el porvenir irrevocable. Pocos hay que actualmente no confiesen que es preferible la legitimidad a la usurpación, para la seguridad, la libertad, la propiedad, así como para las relaciones con el extranjero, porque el principio de nuestra soberanía actual es hostil a todas las soberanías europeas. Puesto que le halagaba recibir la investidura del trono a placer y a ciencia cierta de la democracia, Felipe equivocó su punto de partida; hubiera debido montar a caballo y galopar hasta el Rin, o más bien hubiera debido resistir al movimiento que sin condición le arrastraba hacia una corona; de esta resistencia habrían salido instituciones más duraderas y más convenientes.

Se ha dicho: «El duque de Orleans no hubiera podido rechazar la corona sin sumirnos en espantosos disturbios», razonamiento de cobardes, de necios y de bribones. Indudablemente habrían sobrevenido conflictos; pero inmediatamente se hubiera restablecido el orden. ¿Qué ha hecho, pues, Felipe por el país? ¿Se habría vertido más sangre por su negativa a admitir el cetro, que la que fué derramada por su aceptación en París,

en Lyon, en Anvers y en la Vandée, sin contar esos lagos de sangre esparcidos a propósito de nuestra monarquía electiva en Polonia, en Italia, en Portugal y en España? En compensación de estas desgracias, ¿nos ha dado Felipe la libertad? ¿Nos ha traído la gloria? Ha invertido el tiempo en mendigar su legitimación entre los potentados, en degradar a Francia haciéndola el yoquey de Inglaterra, entregándola en rehén; ha tratado de hacer venir a él el siglo, a hacerlo viejo con su raza, no queriendo rejuvenecerse con el siglo.

¿Por qué no casaba a su hijo mayor con alguna linda plebeya de su patria? Esto habría sido lo mismo que desposar a Francia, y este himeneo del pueblo y de la majestad hubiera hecho arrepentir a los reyes, porque los reyes que han abusado ya de la sumisión de Felipe, no se contentarán con lo que han obtenido; el poder popular que se transparenta a través de nuestra monarquía municipal les atemoriza. El potentado de las barricadas, para ser completamente grato a los potentados absolutos, debería, sobre todo, destruir la libertad de la prensa y abolir nuestras instituciones constitucionales. En el fondo de su alma las detesta tanto como ellos, pero tiene que guardar ciertos miramientos. Todos estos paliativos disgustan a los demás soberanos; no puede obligárseles a tener paciencia sino sacrificándose todo en el exterior, y para que nos acostumbremos a ser en el interior los hombres feudos de Felipe, empezamos por ser los vasallos de Europa.

Cien veces he dicho ya, y lo repetiré otras tantas, que la vieja sociedad se muere. Para tomarme algún interés por lo que existe, no soy bastante honrado, ni bastante charlatán, ni estoy suficientemente burlado por mis esperanzas. Francia, la más sazonada de las actuales naciones, desaparecerá probablemente la primera. Es probable que los Borbones primogénitos, a los que moriré adherido, no encontrasen hoy un abrigo duradero en la vieja monarquía. Nunca los sucesores de un monarca inmolado vistieron tras él por largo tiempo su desgarrado manto; hay desconfianza de una y otra parte, el príncipe no se atreve a reposar sobre la nación, y la nación ya no cree que la familia restablecida pueda perdonarla. Un cadalso levantado entre un pueblo y un rey les impide verse; hay tumbas que jamás se cierran. La cabeza

de Capeto estaba tan alta que los pequeños verdugos tuvieron necesidad de cortarla para alcanzar su corona, como los caribes cortan la palmera para recoger el fruto. La rama de los Borbones se había propagado por los diversos troncos que, doblándose, se arraigaban y se erguían de nuevo vástagos soberbios. Esta familia, después de haber sido el orgullo de las demás razas reales, parece haberse convertido en su fatalidad.

¿Sería, empero, más razonable creer que los descendientes de Felipe tuviesen más probabilidades de reinar que el joven heredero de Enrique IV? Bien pueden combinarse de diverso modo las ideas políticas, pero las verdades morales permanecen inmutables. Hay reacciones inevitables, que aleccionan, magistrales, vengadoras. El monarca que nos inició en la libertad, Luis XVI, vióse forzado a expiar en su persona el despotismo de Luis XIV y la corrupción de Luis XV, ¿y podría admitirse que Luis Felipe, él o su línea, no pagarán la deuda por *Igualdad*, en el cadalso de Luis XVI, y Felipe, su hijo, no ha aumentado el contrato paterno, cuando, tutor infiel, destruyó a su pupilo? Nada rescató *Igualdad* con perder la vida; el llanto del último suspiro no rescata a nadie; no humedece más que el pecho y no cae sobre la conciencia. Si la rama de Orleans pudiese reinar por el derecho de los vicios y los crímenes de sus abuelos, ¿en dónde estaría la Providencia? Jamás tentación más espantosa habría hecho vacilar al hombre de bien. Nuestra ilusión consiste en que medimos los designios eternos por la escala de nuestra corta vida. Pasamos con demasiada rapidez para que el castigo de Dios pueda siempre alcanzarnos en los cortos momentos de nuestra existencia; el castigo descendiende a la hora fijada, no encuentra quizás al primer culpable, pero encuentra su raza que da tiempo para obrar.

Elevándonos al orden universal, el reinado de Luis Felipe, sea cual fuere su duración, no será más que una anomalía, una infracción momentánea de las leyes permanentes de la justicia; estas leyes se violan en un sentido limitado y relativo, pero se observan en un sentido ilimitado y general. De una enormidad, aparentemente consentida por el cielo, hay que sacar una consecuencia más alta; preciso es deducir la prueba cristiana de la abolición de los reyes. Y esta abolición es, no un castigo individual,

que se trocaría en la expiación de Luis XVI; nadie, después de este fruto, sería admitido a ceñir la diadema; testigos Napoleón *el Grande* y Carlos X *el Pio*. Para acabar de hacer odiosa la corona, fué permitido al hijo del regicida que por un momento se acostase como falso rey en el lecho ensangrentado del mártir. Por lo demás, todos estos razonamientos, por justos que sean, nunca entibiarán mi fidelidad hacia mi joven rey; aun cuando no le quedase más que yo en Francia, me enorgullecería de haber sido el último súbdito del que debía haber sido el último rey.

La revolución de julio ha encontrado su rey, pero ha encontrado su representante. He pintado en diferentes épocas los hombres que desde 1789 hasta el día han figurado en la escena política. Estos hombres estaban más o menos ligados a la antigua especie humana; poseíamos una escala de proporción para medirlos, pero hemos llegado a generaciones que no pertenecen a lo pasado, y que, examinadas al microscopio, parecen incapaces de vida, por lo que se combinan con los elementos en que se mueven, y encuentran respirable un aire que no se puede respirar. El porvenir inventará tal vez fórmulas para calcular las leyes de existencia de estos seres, pero el presente carece de medios para apreciarlos.

Sin poder, por lo tanto, explicar la nueva especie, adviértense aquí y acullá diseminados algunos individuos que es posible conocer, porque sus defectos peculiares y sus particulares cualidades les hacen descollar entre la muchedumbre. Thiers, por ejemplo, el único hombre producido por la revolución de julio, ha fundado la escuela admiradora del Terror, escuela a que pertenece. Si los hombres del Terror, esos renegadores, fuesen grandes hombres, la autoridad de su juicio debería tener mucha fuerza; pero estos hombres, al despedazarse mutuamente, declaran que el partido que degüellan es un partido de malvados.

Leed lo que la señora Roland dice de Condorcet; lo que Barbaroux, protagonista del 10 de agosto, opina de Marat, y lo que Camilo Desmoulins escribe contra Saint-Just. ¿Deberemos juzgar a Dantón por la opinión de Robespierre, o a éste por la opinión de Dantón? Cuando los convencionales tienen tan miserable concepto unos de otros, ¿cómo, sin faltar al respeto que se les debe, se atreve-



rá un hombre a confesar una opinión diferente de la suya?

En su espíritu material, el jacobinismo no advierte que el Terror ha fracasado por no ser poderoso para llenar las condiciones de su existencia. No ha podido conseguir su objeto porque no ha podido derribar bastantes cabezas; hubiérale sido preciso cortar cuatrocientas o quinientas mil más, pero faltó tiempo para consumir esta gran carnicería, y no ha dejado sino crímenes incompletos cuyo fruto no ha podido recoger, porque el último sol de la tempestad no pudo madurarlo.

El secreto de las contradicciones de los hombres del día está en la privación del sentido moral, en la ausencia de un sentido fijo, y en el astro que rinden a la fuerza; todo el que sucumbe es culpable y no tiene mérito, al menos ese mérito que se asimila a los acontecimientos. Detrás de la fraseología liberal de los adictos al Terror, sólo debe verse lo que se oculta: esto es, el éxito divinizado. No adoréis la Convención sino como se adora un tirano y, derrocada, pasaos con vuestro bagaje de libertades al Directorio, y después a Bonaparte, y todo esto sin advertir vuestra metamorfosis, sin sospechar que os habéis cambiado. Dramaturgos jurados, al paso que miráis a los girondinos como unos mentecatos porque fueron *vencidos*, no por ello dejáis de componer un cuadro fantástico de su muerte: pintadlos como unos jóvenes que caminan al sacrificio coronados de flores. Los girondinos, facción cobarde que peroró en favor de Luis XVI y votó su muerte, han hecho, es verdad, prodigios en el cadalso, pero ¿quién no arrostraba entonces la muerte con los ojos cerrados? Las mujeres se distinguieron por su heroísmo; las jóvenes de Verdún subieron al altar como Ifigenia: los artesanos, acerca de los cuales se calla por prudencia, esos plebeyos en quienes la Convención hizo una mortandad tan horrorosa, desafiaban la cuchilla del verdugo con tanta resolución, como nuestros granaderos la espada del enemigo. Por cada sacerdote y cada noble, la Convención inmoló millares de obreros entre las clases ínfimas del pueblo; he aquí lo que a todo trance se procura olvidar.

Thiers, ¿es consecuente con sus principios? Nadie es más voluble que él, porque ha predicado la matanza, y predicaría la humanidad de una manera igualmente edificante; haciéndose pasar por

fanático de la libertad, ha oprimido a Lyon, fusilado en la calle de Transnonain, y abogado en favor y en contra de todas las leyes de septiembre; si algún día lee estas líneas, las tomará por un elogio.

Presidente del Consejo y ministro de Estado, Thiers se entusiasma con las intrigas diplomáticas de la escuela de Talleyrand, y se expone a que todos le juzguen un vil payaso merced a su falta de aplomo, de gravedad y de reserva. Puede despreciarse la formalidad y la grandeza de alma, pero esto debe callarse antes de haber obligado al mundo sometido a sentarse en las orgías de Grand-Vaux.

Por lo demás, Thiers une a costumbres inferiores un instinto elevado; mientras los sobrevivientes feudales se han vuelto avaros y convertido en administradores de sus tierras, él, gran señor adivinedizo, viaja como un nuevo Atico, compra en los caminos objetos artísticos, y resucita la prodigalidad de la antigua aristocracia; es una notabilidad; pero, si siembra con tanta facilidad como recoge, debería precaverse más de la sociedad de su antiguo género de vida, porque la consideración es uno de los ingredientes del hombre público.

Agitado por su naturaleza de azogue, Thiers ha pretendido matar en Madrid la anarquía que yo vencí en 1823; proyecto tanto más atrevido, cuanto que luchaba con las opiniones de Luis Felipe. Puede suponerse un Bonaparte, puede creer que su cortaplumas es una prolongación de la espada napoleónica, puede imaginarse un consumado general y puede soñar con la conquista de Europa, por la única razón de que se ha constituido su historiador y hace revivir, con sobrada imprudencia, las cenizas de Napoleón.

Accedo a todas estas pretensiones; pero diré solamente, por lo que respecta a España, que, en el momento en que Thiers pensaba invadirla, le engañaban sus cálculos; hubiera perdido a su rey en 1836, y yo salvé el mío en 1823. Lo esencial es hacer en tiempo oportuno lo que se desea hacer, porque existen dos fuerzas: la de los hombres y la de las cosas, y, cuando la primera está en oposición con la segunda, nada puede llevarse a cabo. En la actualidad, Mirabeau no conmovería a nadie, aunque tampoco le perjudicaría su corrupción, porque ahora nadie se desacredita por sus vicios, sino por sus virtudes.

Thiers debe adoptar uno de estos tres partidos: declararse representante del

porvenir republicano, encaramarse sobre la contrahecha monarquía de julio como un mono sobre un camello, o reanimar el orden imperial. Este último partido le agradaría; pero, ¿es posible el imperio sin emperador?

Es más natural creer que el autor de la *Historia de la Revolución* se dejará absorber por una ambición vulgar, quedará permanecer u ocupar de nuevo el poder, y para conservar o asaltar otra vez su puesto, cantará todas las palinodias posibles en el momento que lo exija su interés. Para desnudarse a la vista del público, se necesita mucha audacia; pero, ¿Thiers es bastante joven para que su hermosura le sirva de velo?

Exceptuando a Deutz y a Judas, reconozco en Thiers un carácter astuto, vivo, sagaz, acomodaticio, heredero quizá del porvenir, que comprende todo, menos la grandeza que procede del orden moral; sin envidias y sin preocupaciones, se destaca sobre el fondo empañado y obscuro de las medianías contemporáneas. Su excesivo orgullo no es todavía odioso porque no consiste en despreciar a los demás. Tiene recursos y dotes felices: impórtanle poco las diferencias de opinión, no conserva rencor, no teme comprometerse y hace justicia a un hombre, no por su probidad o por lo que piensa, sino por lo que vale, lo que no le impediría hacernos degollar a todos si así le conviniera. Thiers no es lo que puede ser; los años lo modificarán, a no ser que un desmedido amor propio se oponga a ello. Si su cerebro se conserva sano y no es arrebatado por un acceso de locura, los negocios revelarán en él superioridades desconocidas. Debe en breve crecer o disminuir: hay probabilidades de que sea un gran ministro o no pase jamás de un despreciable enredador.

Thiers ha carecido ya de resolución cuando tuvo en sus manos la suerte del mundo; si hubiera mandado atacar la escuadra inglesa, siendo nosotros a la sazón superiores en fuerza en el Mediterráneo, nuestro triunfo estaba asegurado; las escuadras turca y egipcia, reunidas en el puerto de Alejandría, habrían reforzado la nuestra, y una victoria sobre Inglaterra hubiera electrizado a Francia. Hubiéranse encontrado en seguida ciento cincuenta mil hombres para penetrar en Baviera o para lanzarse en cualquier punto de Italia, donde ningún ataque se preveía; el mundo entero podía otra vez haber mudado de aspecto. ¿Nuestra agre-

sión hubiera sido justa? Esta es otra cuestión; pero hubiéramos podido preguntar a nuestra vez a Europa, si habría obrado lealmente respecto de nosotros al formar unos tratados en que, abusando de la victoria, Rusia y Alemania se habían extendido desmesuradamente, mientras Francia quedó reducida a sus antiguas fronteras cercenadas. Como quiera que sea, Thiers no se atrevió a jugar su última carta; examinando su vida, no se creyó bastante apoyado; y, no obstante, atendiendo a que nada aventuraba en el juego, habría podido jugarlo todo. Caímos a las plantas de Europa, y no se presentará, acaso en mucho tiempo, una ocasión tan oportuna de levantarnos.

El interés de estas *Memorias* disminuye a medida que los días pasan, como disminuye también la importancia que podía prestarles la magnitud de los acontecimientos, y temo que terminen como las hijas de Aqueloo. El imperio romano, magníficamente anunciado por Tito Livio, se reduce y apaga en la obscuridad de las narraciones de Casiodoro. ¡Vosotros érais más felices, Tucídides y Plutarco, Salustio y Tácito, cuando describáis los partidos que dividían a Atenas y Roma! ¡Teníais al menos la seguridad de animarlos, no sólo por vuestro genio, sino también por la brillantez de la lengua griega y la gravedad de la lengua latina! Mas, ¿qué pudiéramos contar de nuestra decrepita sociedad, nosotros velches, en nuestra jerigonza confinada a límites estrechos y bárbaros?

EL SEÑOR DE LA FAYETTE. — ARMANDO CARREL

Si por casualidad se agita todavía alguna cosa grande en este mundo, nuestra patria permanecerá en la inercia. Infecundo es el seno de una sociedad que se descompone, y hasta los crímenes que engendra son crímenes abortados, porque les alcanza la esterilidad de su principio. La época en que entramos es el camino por el que las generaciones fatalmente condenadas arrastran el antiguo mundo hacia un mundo desconocido.

En este año de 1834, acaba de morir La Fayette. Yo hubiera sido injusto si en otro tiempo hubiese hablado de él, porque lo habría presentado como una especie de necio de dos caras y de dos reputaciones: héroe en la opuesta costa del Atlántico, y Gille en la de este lado.



Han sido necesarios más de cuarenta años para que el mundo reconociese en La Fayette las cualidades que tenazmente le habían sido negadas. En la tribuna se explicaba con facilidad y delicadeza. En su vida no se descubre mancha alguna; era afable, expresivo y generoso. En tiempo del Imperio fué noble y vivió aislado bajo la Restauración, pero no se mostró igualmente digno, porque descendió hasta dejarse apellidar el *venerable* de las ventas del carbonarismo y el jefe de las pequeñas conspiraciones, y tuvo la felicidad de substraerse en Befort a la justicia, como un aventurero vulgar. Al principio de la Revolución no se mezcló con los degolladores, los combatió a mano armada y quiso salvar a Luis XVI; pero, al paso que aborrecía las matanzas, y a pesar de que se vió precisado a huir de ellas, elogió las escenas en que se paseaban algunas cabezas en la extremidad de las picas.

La Fayette se encumbró porque ha vivido mucho: hay una fama que brota espontáneamente de los talentos, y cuyo brillo aumenta la muerte, y otra, mero producto de la edad, hija tardía del tiempo, y que no siendo grande por sí misma, lo es por las revoluciones, en medio de las que la ha colocado la casualidad. El hombre que goza de esta fama, a fuerza de existir mucho, se mezcla en todo; su nombre es la divisa o bandera de todo: La Fayette será eternamente la *guardia nacional*.

Por un efecto extraordinario, el resultado de sus acciones aparecía con frecuencia en contradicción con sus ideas: realista, derrocó en 1789 una monarquía de ocho siglos; republicano, creó en 1830 la monarquía de las barricadas, y dió a Luis Felipe la corona que arrebatara a Luis XVI. Amasada con los elementos, cuando los aluviones de nuestras desgracias se hayan consolidado, se encontrará su imagen incrustada en la masa revolucionaria.

Su ovación en los Estados Unidos le ha realzado extraordinariamente: un pueblo que se levanta para saludarle lo cubre con el brillo de su gratitud. Everett termina con este apóstrofe el discurso que, con este motivo, pronunció en 1824:

«¡Bien venido seas a estas playas, amigo de nuestros padres! Goza de un triunfo de que jamás gozó ningún monarca, ningún conquistador de la tierra. ¡Ah! Washington, el amigo de tu juven-

tud, aquel que fué más que el amigo de su país, reposa tranquilo en el seno de la tierra libertada por él. Descansa en la paz y en la gloria en las márgenes del Potomac. Volverás a ver las sombras hospitalarias del Monte Vernon, pero no hallarás ya en el umbral de su puerta aquel a quien tributaste veneración. En su lugar y en su nombre, los hijos reconocidos de América te saludan. ¡Sé tres veces bien venido a nuestras playas! En cualquier punto de este continente a que dirijas tus pasos, todo cuanto puede escuchar el acento de tu voz te bendecirá.»

En el Nuevo Mundo, La Fayette contribuyó a la formación de una sociedad nueva; en el antiguo mundo, a la destrucción de una sociedad antigua; la libertad lo invoca en Washington, y la anarquía en París.

La Fayette sólo tenía una idea, y, afortunadamente para él, ésta era la del siglo; la fijeza de esa idea constituyó su imperio, le sirvió de anteojo y le impidió mirar a derecha e izquierda; marchaba con paso firme sobre una sola línea, y avanzaba sin caer en los precipicios, no porque los viese, sino porque no los veía; la ceguedad suplió en él el talento: todo lo que es fijo es fatal, y todo lo que es fatal es poderoso.

Veo todavía a La Fayette, a la cabeza de la guardia nacional pasar en 1790 por los bulevares, dirigiéndose al arrabal de San Antonio; el 22 de mayo de 1834, le vi tendido en su ataúd seguir los mismos bulevares. Entre la comitiva fúnebre veíase un grupo de americanos, cada uno de los cuales llevaba una flor amarilla en el ojal. La Fayette habla hecho venir de los Estados Unidos la porción de tierra que bastaba a cubrir su sepulcro, pero no se realizó su deseo.

Et vous demandez pour la sainte relique  
Quelques urnes de terre au sol de l'Amérique,  
Et vous rapporterez ce sublime oreiller,  
Afin qu'après la mort, sa dépouille chérie  
Puisse du moins avoir six pieds dans sa patrie  
De terre libre où sommeiller.

Y pediréis para la santa reliquia algunas urnas de tierra al suelo americano, y traeréis esta magnífica almohada para que después de la muerte sus queridos restos puedan al menos tener en su patria seis pies de tierra libre en donde descansar.

Pero en el momento fatal, olvidando a la vez sus ilusiones políticas y las novelas de su vida, quiso descansar en Picpus al lado de su virtuosa consorte; la muerte hace entrar todo en orden.

En Picpus están enterradas las víctimas de esa revolución empezada por La Fayette, y allí se levanta una capilla donde se rezan oraciones perpetuas en memoria de estas víctimas. En Picpus acompañé al duque Mateo de Montmorency, colega de La Fayette en la Asamblea constituyente; en el fondo de la sepultura, la cuerda volcó el ataúd de este cristiano sobre un costado como si se hubiera levantado para orar nuevamente.

Hallábame confundido con la muchedumbre en la entrada de la calle Grange-Batelière cuando desfiló el cortejo de La Fayette; en la subida del baluarte se detuvo la carroza fúnebre, y entonces lo vi, dorado por un rayo fugitivo del sol, brillar sobre los cascos y las armas; pocos momentos después volvió la sombra y desapareció.

Dispersóse la muchedumbre; las vendedoras de barquillos pregonaron su género, los vendedores de juguetes llevaban por todas partes molinetes de papel que giraban a impulso del viento que había agitado las plumas de la carroza fúnebre.

En la sesión de la Cámara de Diputados del 20 de mayo de 1834, el presidente dijo:

«El nombre del general La Fayette será célebre en nuestra historia... Al expresar los sentimientos de dolor de la Cámara, agrego a ellos, señor y querido colega (Jorge La Fayette) la seguridad particular de mi estimación.»

Después de estas palabras, el redactor de la sesión pone entre paréntesis (*Hilaridad*).

He aquí a lo que se reduce una de las existencias más formales. ¿Qué queda de la muerte de los hombres más eminentes? Una capa parda y una cruz de paja como sobre el cadáver del duque de Guisa asesinado en Blois.

Cerca del vocinglero que vendía por un cuarto, en las rejas del palacio de las Tullerías, la noticia de la muerte de Napoleón, oí a dos charlatanes pregonar a gritos su antídoto, y en el *Monitor* del 21 de enero de 1793 leí estas palabras al pie de la descripción de la ejecución de Luis XVI:

«Dos horas después de la ejecución, nada anunciaba que aquel que poco antes era el jefe de la nación acababa de sufrir el sangriento castigo de los criminales.»

A continuación de estas palabras se

leía este anuncio: «*Ambrosio*, ópera cómica.»

Ultimo actor del drama representado hace cincuenta años, La Fayette había permanecido en escena; el coro final de la tragedia griega pronuncia la moral de la pieza:

«Aprended ¡oh ciegos mortales! a volver la vista al último día de la vida.»

Y yo, espectador sentado en un teatro vacío, rodeado de palcos desiertos y alumbrado por una luz moribunda, quedo solo delante del telón corrido, con el silencio y la noche.

Armando Carrel amenazaba el porvenir de Luis Felipe, a la manera que el general La Fayette perseguía su pasado. Sabido es cómo conocí a Carrel, con quien no he dejado de tener relaciones desde 1832 hasta el día en que le acompañé al cementerio de Saint-Mandé.

Armando Carrel estaba triste, porque empezaba a temer que los franceses no fuesen capaces de abrigar un sentimiento razonable de libertad; tenía cierto presentimiento de la brevedad de su vida, y, como si ésta fuese cosa con la que no contaba y a la que no daba precio alguno, estaba siempre dispuesto a arriesgarla. Si hubiera sucumbido en su desaffo con el joven Laborie, a causa de Enrique V, su muerte habría tenido al menos una gran causa y un gran teatro, y probablemente sus funerales hubiesen sido honrados con juegos sangrientos; pero nos ha abandonado por una miserable disputa que no valía un cabello de su cabeza.

Encontrábase en uno de sus accesos naturales de melancolía, cuando, refiriéndose a mí, publicó en el *Nacional* un artículo a que contesté con la siguiente carta:

«París, 5 de mayo de 1834.

»Su artículo de usted, caballero, revela ese conocimiento profundo de las situaciones y de las circunstancias, que le eleva sobre todos los escritores políticos del día. No le hablo de su no vulgar talento; ya sabe que antes de haber tenido el honor de conocerle le he tributado plena justicia. No le doy gracias por sus elogios, pues me complazco en deberlos a lo que miro actualmente como una antigua amistad. Se eleva, caballero, a mucha altura, y empieza a aislarse como todos los hombres destinados a obtener gran reputación; la multitud, que no



puede seguirles, les abandona poco a poco, pero se les ve tanto mejor cuanto más solos se encuentran.

»CHATEAUBRIAND.»

Procuré consolarle con otra carta del 31 de agosto de 1834, cuando fué condenado por un delito de imprenta, y recibí de él la siguiente contestación que revela sus opiniones, sus disgustos y esperanzas:

«Al señor vizconde de Chateaubriand.

»Su carta del 31 de agosto no me fué entregada hasta que llegué a París. Iria desde luego personalmente a darle las gracias, si no me viese precisado a consagrar a algunos preparativos de entrada en la cárcel, el poco tiempo que tal vez me dejará la policía, informada de mi regreso.

»Sí, señor vizconde, he sido condenado a seis meses de prisión por la magistratura por un delito imaginario y en virtud de una legislación igualmente imaginaria, porque el jurado me ha declarado a sabiendas impune relativamente a la acusación más fundada y después de una defensa que, lejos de atenuar mi crimen de verdad, dirigida a la persona de Luis Felipe, había agravado este crimen erigiéndola en derecho adquirido para toda la prensa de la oposición. Me alegro de que las dificultades de una tesis tan atrevida para los tiempos que corren, le hayan parecido a usted casi superadas en la defensa que ha leído, y en la que me ha sido tan ventajoso poder invocar la autoridad del libro en que instruía, hace diez y ocho años, a su propio partido en los principios de la responsabilidad constitucional.

»Me pregunto algunas veces con tristeza de qué habrán servido los escritos del mérito de los suyos y los de los hombres más eminentes de la opinión a que pertenezco, si de este acuerdo de las más altas inteligencias del país en la constante defensa de los derechos de discusión no hubiese resultado en definitiva para la generalidad de los espíritus en Francia, un partido resuelto en lo sucesivo a exigir, bajo todos los sistemas y banderas victoriosas, sean cuales fueren, la libertad de pensar y de escribir, como la primera condición de toda autoridad legítimamente ejercida.

»¿No es verdad, señor vizconde, que

cuando pedía usted, bajo el último gobierno, la más amplia libertad de discusión, no lo hacía por el momentáneo provecho que sus amigos políticos podían obtener de ella en la oposición contra unos adversarios dueños del poder por la intriga? Algunos se sirvieron con este objeto de la prensa como más tarde lo probaron completamente; pero usted reclamaba la libertad de discusión para el bien común, como el arma y la protección general de todas las ideas antiguas o nuevas, y esto es lo que le ha merecido, señor vizconde, la gratitud y el respeto de las opiniones a que la revolución de julio ha abierto un nuevo palenque. Por esta razón nuestra historia se enlaza con la de usted, y cuando citamos sus escritos, lo hacemos no tanto como admiradores del talento incomparable que los ha producido, cuanto como deseosos de continuar desde lejos la misma tarea, jóvenes soldados de una causa de que es usted el más glorioso veterano.

»Lo que usted pretendió hace treinta años, y lo que yo querría, si me es lícito nombrarme después de usted, es asegurar a los intereses que se disputan en nuestra hermosa Francia, una ley más humana del combate, más civilizada, más fraternal, más decisiva que la guerra civil. ¿Cuándo lograremos substituir las ideas a los partidos, y los intereses legítimos y aceptables a los disfraces, al egoísmo y a su codicia? ¿cuándo veremos operarse por la persuasión y la palabra, esas inevitables transacciones que el rencor de los partidos y la efusión de sangre entablan también por extenuación, pero demasiado tarde para los muertos de ambos campamentos, y con sobrada frecuencia sin provecho alguno para los heridos y los que sobreviven? Parece, como decir con dolor, que muchas enseñanzas han sido perdidas y que se ha olvidado ya en Francia cuánto cuesta el refugiarse a la sombra de un despotismo que ofrece únicamente silencio y reposo. Empero, no menos debemos por ello continuar hablando, escribiendo, imprimiendo, porque algunas veces surgen recursos inesperados de la constancia. Por esto, de tantos bellos ejemplos como ha dado usted, señor vizconde, el que más continuamente tengo a la vista está compendiado en una palabra: ¡Perseverancia!

»Acepte, caballero, el inalterable afecto con que me es grato repetirme su más atento servidor,

»A. CARREL.»

Puteaux, cerca de Neuilly, 4 de octubre de 1834.

Carrel fué encerrado en Santa Pelagia, adonde yo iba a verlo dos o tres veces todas las semanas, encontrándolo de pie detrás de la reja de su ventana; me recordaba su vecino, un joven león africano en el jardín de las Plantas; inmóvil dentro de su jaula, el hijo del desierto recorría con miradas inciertas y tristes los objetos exteriores y se advertía que no viviría mucho. Luego bajábamos, y el servidor de Enrique V paseábase con el enemigo de los reyes en un patio húmedo, obscuro, reducido y rodeado de altas paredes a manera de un pozo.

Otros republicanos paseaban también este patio; aquellos jóvenes y fogosos revolucionarios, con sus bigotes y espesas barbas, sus largos cabellos, su gorro teutón o griego; de rostro escuálido, de torvas miradas, y aspecto amenazador, parecían esas almas preexistentes en el Tártaro antes de entrar en el reino de la luz; disponíase a verificar una irrupción en la vida. Su traje se les adaptaba como el uniforme al soldado, como la camisa sangrienta de Neso a Hércules; aquél era un mundo vengador que hacía estremecer, oculto detrás de la sociedad actual.

Reuníanse por la noche en el aposento de su jefe, Armando Carrel, en donde hablaban de lo que deberían ejecutar a su advenimiento al poder, y de la necesidad de derramar sangre. Suscitábanse vivas discusiones acerca de los *grandes ciudadanos del Terror*; unos, partidarios de Marat, eran ateos y materialistas; otros, admiradores de Robespierre, adoraban este nuevo Cristo.

¿No había dicho San Robespierre en su discurso sobre el Ser Supremo, que la creencia en Dios daba la fuerza de arrostrar la desgracia, y que la inocencia en el cadalso hacía palidecer al tirano en su carroza triunfal?

Libre ya de su prisión, Carrel venía a visitarme a su vez.

Algunos días antes de su hora postrema vino a traerme el número del *Nacional*, en el que se había tomado la molestia de insertar un artículo relativo a mis *Ensayos sobre la literatura inglesa*, y en que citaba con demasiados elogios las páginas que terminaban estos *Ensayos*.

Después de su muerte, me fué entregado este artículo, escrito todo de su

mano, y lo conservo hoy como una prenda de su amistad. ¡Después de su muerte! ¡Qué palabras acabo de estampar indeliberadamente!

Aun cuando fuese el duelo un suplemento obligado a las leyes que no conocen las ofensas hechas al honor, el duelo es horroroso, sobre todo cuando destruye una vida llena de esperanzas y priva a la sociedad de uno de esos hombres extraordinarios que no aparecen sino después del trabajo de un siglo, en la cadena de ciertas ideas y de ciertos acontecimientos.

Carrel cayó en el bosque que vió caer al duque de Enghien; la sombra del nieto del gran Condé sirvió de testigo al ilustre plebeyo y lo llevó consigo. Este bosque fatal me ha hecho llorar dos veces; al menos, no me acrimino de haber faltado en estas dos catástrofes a lo que debía a mis simpatías y a mi dolor.

Carrel, que en otros desafíos no había pensado en la muerte, pensó en ella antes de éste, pues empleó la noche en escribir sus últimas resoluciones, como si le hubiesen notificado el resultado del combate. A las ocho de la mañana del 22 de julio de 1836, encaminóse vivo y ligero a las espesuras en que la cabra montés trisca a la misma hora.

Colocado a la distancia convenida, avanza con rapidez, dispara sin inmudarse, según su costumbre; parecía que no existían peligros para él. Herido de muerte y apoyado en los brazos de sus amigos, al pasar delante de su contrario, herido también, le preguntó: «¿Sufre mucho, caballero?»

Armando Carrel era tan afable como intrépido.

El 22 supe demasiado tarde el funesto lance; en la mañana del 23 me dirigí a Saint-Mandé, donde los amigos de Carrel se hallaban en la más terrible angustia. Quise entrar, pero el cirujano me dijo que mi presencia podría causar al herido una emoción demasiado viva y desvanecer la débil esperanza que aun había de salvarle; al oír estas palabras, me retiré consternado.

Al día siguiente, 24, cuando me disponía a volver a Saint-Mandé, Jacinto, a quien había mandado delante de mí, vino a decirme que el infortunado joven había fallecido a las cinco y media, después de haber experimentado dolores atroces: la vida, en toda su fuerza, había dado un combate desesperado a la muerte.



El martes, 26, se celebraron los funerales. El padre y el hermano de Carrel habían llegado de Ruán, y los hallé encerrados en un pequeño cuarto con tres o cuatro de los más íntimos amigos del hombre cuya pérdida llorábamos. Todos me abrazaron tiernamente, y el padre de Carrel me dijo:

«Armando hubiera sido cristiano como su padre, su madre, sus hermanos y hermanas: la aguja sólo hubiera tenido que recorrer algunas horas para llegar al mismo punto del cuadrante.»

Deploraré eternamente no haber podido ver a Carrel en su lecho de muerte, porque confío que en el momento supremo hubiera hecho recorrer a la aguja el espacio en cuyo término se habría detenido en la hora del cristiano.

Armando Carrel no era antirreligioso como se ha supuesto: dudaba, es cierto; pero cuando desde la tenaz incredulidad se pasa a la indecisión, el alma está muy próxima a la certidumbre. Pocos días antes de su muerte decía:

«Daría toda esta vida por creer en la otra.»

Al dar cuenta del suicidio de Sautalet, escribió esta vehemente página:

«He podido conducir por el pensamiento mi vida hasta aquel instante, rápido como el relámpago, en que la vista de los objetos, el movimiento, la voz y el sentimiento me abandonarán, y en que las últimas fuerzas de mi espíritu se reunirán para formar esta idea: ¡muero! pero el minuto, el segundo que seguirá inmediatamente, me ha inspirado siempre un horror indefinible; mi imaginación se ha negado siempre a adivinar algo sobre el particular. Es mil veces menos espantoso medir las profundidades del infierno que esta universal incertidumbre.»

To die, to sleep,  
To sleep! perchance to dream!

»He observado en todos los hombres, sea cual fuera la fuerza de su carácter o de sus creencias, esta misma imposibilidad de llegar más allá de su última impresión terrestre; he visto desvanecerse su cabeza como si al llegar a este término se encontrasen colocados sobre el borde de un precipicio de diez mil pies de profundidad. Rechazamos esta vista aterradoramente para ir a un duelo, para asaltar un reducto o desafiar una mar borrascosa; parece que hasta despreciamos la vida, y presentamos un semblante resuelto,

alegre, tranquilo, pero esto consiste en que la imaginación nos ofrece la victoria como más probable que la muerte; esto consiste en que el alma se ocupa mucho menos en los peligros que en los medios de evitarlos.»

Estas palabras son notables en un hombre que había de morir en un duelo.

Cuando en 1800 volví a Francia, ignoraba que en la costa en que desembarcaba me nacía un amigo. He visto en 1836 bajar este amigo al sepulcro sin esos consuelos religiosos cuyo recuerdo traía a mi patria el primer año del siglo.

Seguí el ataúd desde la casa mortuoria hasta el lugar de la sepultura; marchaba al lado del padre de Carrel, y daba el brazo al señor Arago, quien ha medido el cielo que yo he cantado.

Al llegar a la puerta del pequeño cementerio campestre, la reducida comitiva se detuvo y se pronunciaron algunos discursos. La ausencia de la cruz me decía que las señales de mi aficción debían permanecer en el fondo de mi alma.

Envidio a los que han partido antes que yo; a imitación de los soldados de César en Brindes, tiendo mi vista desde lo alto de las rocas de la playa sobre la alta mar, hacia el Epiro, deseoso de volver los bajeles que han pasado las primeras legiones, para que pasen a mi vez.

Después de haber leído esto de nuevo en 1839, añadiré que, habiendo visitado en 1837 la sepultura de Carrel, la encontré muy descuidada, pero vi una cruz de madera negra que allí había plantado su hermana Natalia. Pagué a Vaudran, el enterrador, diez y ocho francos que se adeudaban por las empalizadas, y le encargué que cuidase la sepultura, que sembrase en derredor céspedes y cultivase flores.

Al principio de cada estación voy a Saint-Mandé a pagar mi censo y a cerciorarme de que mis deseos han sido fielmente cumplidos.

DE ALGUNAS MUJERES: LA SEÑORA TASTU.  
—LA SEÑORA SAND

Próximo a terminar mis recuerdos y pasando revista a mi alrededor, veo a algunas mujeres que involuntariamente había olvidado; ángeles agrupados al pie de mi cuadro, apóyanse sobre su marco para mirar el término de mi vida.

En otro tiempo encontré mujeres de

diverso modo conocidas o célebres. Las mujeres han cambiado mucho, ¿valen más o valen menos? Nada tiene de extraño que me incline al pasado; pero el pasado está circuido por un vapor a través del que toman los objetos un tinte agradable y engañoso a veces. Mi juventud, hacia la que no me es dado volver, me produce el mismo efecto que mi abuela; me acuerdo apenas de ella; y me alegraría volver a verla.

Una luisiana me llegó del *Mechasché*; creí ver la virgen de los últimos amores. Celestina me ha escrito muchas cartas que muy bien podrían traer la fecha de la *Luna de las flores*; me ha enseñado fragmentos de memorias que ha compuesto en las sabanas de Alabama. Algún tiempo después, Celestina me escribió que estaba ocupándose en la confección de una *toilette* para su presentación en la corte de Felipe: volví a tomar mi piel de oso. Celestina se ha trocado en cocodrilo del pozo de las Floridas: que el cielo le conceda amor y paz tanto como puedan durar esas cosas.

Hay personas que, interponiéndose entre nosotros y el pasado, impiden que nuestros recuerdos puedan llegar a nuestra memoria; hay otras que se mezclan, desde luego, a lo que habéis sido. La señora Tastu, produce este último efecto. Su lenguaje es natural; ha abandonado la anticuada jerigonza francesa, a los que creen rejuvenecerse ocultándose bajo los casacaones de nuestros abuelos. Favorinus decía a un romano que afectaba hablar el latín de las doce tablas: «Queréis hablar con la madre de Evandro.»

Puesto que acabo de rozarme con la antigüedad, diré algunas palabras respecto a las mujeres de sus pueblos, y luego volveré a bajar la escala hasta llegar a nuestros tiempos. Las mujeres griegas han celebrado algunas veces la filosofía, pero con más frecuencia han seguido a otra divinidad: Safo ha continuado siendo la Sibila inmortal de Guido; ignórase lo que hizo Corina después de haber vencido a Píndaro; Aspasia había enseñado Venus a Sócrates:

«Sócrates, sé dócil a mis lecciones. Inflámate de entusiasmo poético, y por su poderoso encanto sabrás atraerte el objeto que amas; lo encadenarás con el sonido de la lira, haciendo penetrar hasta su corazón, por el oído, la imagen acabada de la pasión.»

Al pasar el soplo de la musa sobre las

mujeres romanas sin inspirarlas, vino a reanimar la nación de Clovis, todavía en la cuna. La lengua de *Oyl* tuvo a María de Francia; la lengua de *Oc* a la dama de Die, quien, en su castillo de Vaucluse, se quejaba en estos términos de un amigo cruel:

«Voudras connaître, mon gent et bel ami,  
pourquoi vous m'êtes tan cruel et tan sauvage.

Perque m'ets vos tan fers, ni tan salvatge.

«Quisiera saber, mi bueno y bello amigo, por qué sois tan cruel y tan salvaje conmigo.»

La Edad Media transmitió estos cantos al Renacimiento: Lucía Labé decía:

«Oh, si feliz me hallara en el hermoso seno  
de aquel por quien estoy muriendo!»

Clemencia de Burges, apellidada la *Perla oriental*, a quien enterraron con el rostro descubierto y la cabeza coronada de flores, a causa de su belleza, las dos Margaritas y María Estuard, las tres reinas, han expresado debilidades cándidas en un lenguaje ingenuo.

Tuve una tía, poco más o menos en aquella época de nuestro Parnaso, la señora Claudia de Chateaubriand; pero me encuentro más embarazado con ésta que con la señorita de Boisteilleul. Ocultándose la señora Claudia de Chateaubriand bajo el nombre de *el Amante*, dirige sus setenta sonetos a su amada. Lector, perdona, los veintidós años de mi tía Claudia: *parcendum teneris*. Si mi tía de Boisteilleul era más discreta, tenía, en cambio, quince lustros y medio cuando cantaba, y el traidor Trémigon sólo se presentaba ya a su antiguo pensamiento de curruca como un gavián.

Cuando se fijó el idioma, redujose la libertad de sentir y de pensar. Nadie recuerda, en el reinado de Luis XIV, sino a la señora Deshoulières, alternativamente demasiado ensalzada y demasiado despreciada. La elegía se prolongó por la melancolía de las mujeres bajo el reinado de Luis XV hasta el de Luis XVI, en que empiezan las grandes elegías del pueblo; la antigua escuela muere con la señora de Bourdié, poco conocida actualmente, y que, no obstante, ha dejado una preciosa oda al *Silencio*.

Jorge Sand, por otro nombre *madama Dudebant*, habló de *René* en la *Revista de Ambos Mundos*, por lo que le di las gracias, pero no me respondió. Algún tiempo después me envió su *Lelia*, y no le respondí, lo cual dió origen entre nosotros a una breve explicación.